

Recuerdo de Salvador Giner

Héctor Romero Ramos

UNED

Cuando conocí a Salvador Giner yo tenía unos veinte años y cursaba el tercero de los cinco años que duraba entonces la licenciatura en Sociología en la Universidad Complutense. Mi amigo Juan Nebreda y yo fuimos a entrevistar a Emilio Lamo de Espinosa en su despacho de la facultad para un trabajo sobre la globalización que teníamos que hacer para no recuerdo qué asignatura. Yo viajaba mucho a Barcelona entonces y antes de salir de su despacho le pregunté a Emilio Lamo a quién podría entrevistar allí. No tardó un segundo en contestarme: a Salvador Giner, sin duda.

Tardé bastante en localizarlo en su teléfono del despacho. Cuando por fin hablamos me citó en su facultad. Hablamos poco rato y bajamos a la cafetería. La memoria es caprichosa: recuerdo la impresión que me causó él, despistado y sarcástico y detalles insignificantes como que quería un croissant y no había y la manera divertida y cordial de dirigirse a la camarera hasta que consiguió una napolitana o algo parecido. No recuerdo sin embargo apenas nada de lo que me dijo sobre la globalización. Él prefería llamarlo “mundialización” y me sorprendió un comentario irónico y contundente que hizo contra alguno de los intelectuales de izquierda más reconocidos de entre los que en aquellos años se comprometían con las protestas contra la globalización. Se refirió a una expresión que se utilizaba mucho entonces, “pensamiento único”: pensamiento único de izquierdas, me dijo.

Cuando nos despedimos me regaló su libro *Sociedad Masa: crítica del pensamiento conservador* y una separata de su artículo “Piedad cósmica y racionalidad ecológica”. Estoy casi seguro de que era la primera vez que veía una separata. Desde luego era la primera vez que alguien me regalaba un libro suyo, quiero decir del que fuera autor. Por despiste o por pudor no le pedí que me lo dedicara. Me arrepiento. No tengo ningún libro suyo dedicado. Al llegar a casa

me puse a hojear el libro, mediante el que Salvador siguió demoliendo mi pensamiento único de izquierdas. La Escuela de Frankfurt, en la cúspide de mi santoral, era en *Sociedad Masa* sometida a una severa evaluación. Especialmente Herbert Marcuse, el idolatrado autor de *El hombre unidimensional*, un libro que en la facultad leíamos con fruición.

Después de aquel encuentro, de vez en cuando me atrevía a escribirle un e-mail, hacerle alguna consulta, algún comentario. Siempre me contestaba. No conservo aquellos correos, aunque de esto no me arrepiento tanto: como decía John Cheever en el prefacio de sus *Cuentos*, toda documentación precisa de nuestra inmadurez resuelta embarazosa. Pero recuerdo muy bien uno de ellos. ETA acababa de asesinar a Ernest Lluch y Salvador me escribió sobre su amistad con él, sobre los años en que compartían un piso en Madrid, en Modesto Lafuente: “Estoy desolado”, decía.

Algunos años después, al principio de mis estudios de doctorado, mi maestro Manuel Rodríguez Caamaño coordinó un monográfico en *Política y Sociedad* dedicado a algunos “Sociólogos españoles de posguerra” y le propuse incluir una entrevista con Salvador que recogiera su trayectoria intelectual y los aspectos más reconocibles de su trabajo. Manolo lo admiraba mucho también. Por indicación suya leí *El progreso de la conciencia sociológica* y por entonces leímos juntos y comentamos su ensayo sobre la relación entre sociología y filosofía moral, incluido en la *Historia de la ética* de Victoria Camps y el célebre artículo sobre el triunfo de lo que Salvador llamaba la “inteligencia sociológica del mundo”. Aquellos textos cimentaban su entonces recién publicado manual de *Teoría sociológica clásica*. Manolo escribió una larga reseña del libro. Yo me he servido de él durante años para mis clases de teoría. Es un libro magnífico.

Preparé la entrevista a conciencia. Aquella vez Salvador me citó en su casa y charlamos en un estudio que recuerdo más bien pequeño. Mientras me hablaba yo no podía evitar desviar la mirada hacia las estanterías, a las ediciones originales en inglés, francés y alemán de los libros más conocidos en nuestra disciplina. Sobre el escritorio y muy a la mano tenía una carpeta gastada de las de cartón azul con el texto mecanoscrito y remendado (pedazos de folio recortados y pegados sobre la página original en los pasajes que debían ser corregidos o sustituidos) de *El progreso de la conciencia sociológica*, que desde hacía tiempo pretendía revisar y reeditar. Yo había recopilado y leído los trabajos de Salvador que contenían algún apunte autobiográfico para preparar la primera parte del guión, pero cuando empezó a hablar -un discurso torrencial y muy desordenado,

del que se desviaba y perdía el hilo continuamente- pronto tomé conciencia de la personalidad que tenía delante.

En parte fascinado y en parte agobiado de antemano por la tarea de transcripción y edición que me esperaba, escuché una historia que le vinculaba desde la infancia a través de su familia con la mejor tradición intelectual española, la de la Institución Libre de Enseñanza, en una casa por la que pasaban Ferrater Mora o Carmen Castro; la historia de su encuentro accidental con un libro de Hans Freyer, *La sociología, ciencia de la realidad*, en la traducción del exiliado Francisco Ayala y de un periplo académico y vital que iba desde la calle Aribau hasta Munich, Colonia, Madrid, Chicago, Puerto Rico, Cambridge, la librería Ruedo Ibérico en París y más de veinte años de dedicación universitaria en Inglaterra.

En Alemania, por recomendación de René König, que lo había acogido y facilitado una beca tras hacerle un examen improvisado sobre la concepción comteana del progreso, asistió a los cursos de un anciano Leopold von Wiese. “Ahora me percató -dice en la entrevista- de que haber escuchado a von Wiese, discípulo de Simmel, me permitió escuchar ecos de un mundo intelectual ya entonces perdido”. En 1959 se marchó a la Universidad de Chicago con una beca Fullbright cuando aún se cruzaba el océano en barco. Por su relato de los años de Chicago aparecían nada menos que Hannah Arendt, Leo Strauss, Mircea Eliade, Friedrich von Hayek, Daniel Bell y Edward Shils, que sería su director de Tesis. Por el de Puerto Rico aparecían Pau Casals, Enrique Tierno Galván o José Ferrater Mora. Por el de Inglaterra, Ernest Gellner, Norbert Elias, Imre Lákatos o Isaiah Berlin... a muchos de ellos los había conocido y tratado y a los demás al menos los había escuchado en conferencias o atendido a sus cursos. Me habló de la influencia de Arendt y Strauss en las primeras versiones de su *Historia del Pensamiento Social* (“era difícil salir de sus clases y pensar por cuenta propia”) de vocación shumpeteriana, y de lo mucho que le había influido también la obra de Gellner. No me impresionó menos la relación de colegas con los que regularmente discutía en seminarios informales durante sus años de profesor en Inglaterra (entre 1965 y 1998): Steven Lukes, John Hall, Michael Mann, Nicos Mouzelis, Bryan Turner, John Urry.

Él no paraba de hablar y yo iba dando la vuelta a las cintas sin hacer pruebas, confiando en que todo se estuviera grabando bien, que todo funcionara, que el volumen fuera el adecuado. No fue así. Cuando dimos la entrevista por terminada hice una rápida comprobación y apenas se escuchaba nada. Yo estaba aturdido. Él, con total tranquilidad, me dijo que no me preocupara, que a él le

había pasado lo mismo una vez que fue a entrevistar a Isaiah Berlin por encargo de *Claves de la razón práctica* y que había podido reconstruir la conversación de memoria y la había pulido después con la supervisión del propio Berlin. Le dije que rescataría lo que pudiera y le enviaría un borrador sobre el que ir trabajando a través del correo electrónico y salí de su casa con un ejemplar de su *Teoría sociológica moderna*, el libro de Manuel Cruz sobre la *Acción humana* que incluye su trabajo sobre la lógica situacional, otro libro suyo de carácter divulgativo sobre *Los españoles* y una separata de su artículo sobre la “Sazón y desazón de la cultura española”, mentalmente agotado y feliz.

De vuelta en Madrid comprobé cómo, en efecto, de la hora y media o dos horas de conversación que mantuvimos se habían grabado con calidad suficiente poco más de la mitad y no me veía capaz de editar a partir de ese material una entrevista coherente y legible, así que preparé un cuestionario y se lo envié. Aunque él estuviera tan interesado como yo en que la entrevista quedara bien y recogiera su relato con precisión y sin malos entendidos, aún hoy me sorprende el esfuerzo que hizo para redactar las respuestas. Lo que me devolvió pocos días después era un relato pulcro, muy bien escrito, perfectamente coherente en el que rememoraba su vida universitaria, evocaba a sus maestros, perfilaba los rasgos fundamentales de sus libros, matizaba ideas y emitía opiniones, a veces ácidas, siempre rigurosas. La entrevista, que titulé “El ejercicio de la conciencia sociológica”, quedó muy bien gracias a su esfuerzo y a su generosidad.

Si después de aquello ya nos vimos pocas veces fue porque yo no lo demandé más, pues cada vez que lo hice respondió con la amabilidad y la dedicación de siempre. La última vez que nos encontramos, con tiempo para conversar, hace ya bastantes años, él estaba en Madrid para dar una conferencia en la Fundación March sobre el republicanismo. Me preguntó por mi trabajo, por mis intereses. Me aconsejó. De los años siguientes sí conservo algunos de sus mensajes; el último, cuando le pedí que echara un vistazo a un original que nos había llegado a esta revista, *Sociología Histórica*, para el número monográfico sobre la Gran Guerra del 14.

He aprendido mucho con sus libros y también escuchándolo. Hoy, cuando algún estudiante se acerca a mí después de una clase o me escribe un email contándome sus ideas y sus planes o preguntándome por algún libro, sé perfectamente cómo me tengo que comportar.

Héctor Romero Ramos es Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Entre los años 2010 y 2018 enseñó Sociología en la Universidad de Murcia y actualmente es profesor en el Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social) de la UNED. Es miembro fundador del Consejo de redacción de *Sociología Histórica*. hromero@poli.uned.es